«A beneficio de inventario»

Raúl Zurita recoge el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana: crónica de algún recuerdo

Encuentro en la tarde del 24 de noviembre en Madrid con el poeta Raúl Zurita. Hace frío y nos vemos en una terraza. Está con Paulina Wendt, su mujer. Han llegado de Chile hace unas horas para recoger el más importante premio de Poesía de Iberoamérica, ese concepto geográfico que debe contener una península y un continente inmenso. Hablamos de la existencia desde 1992 de esta convocatoria, realizada por Patrimonio Nacional y la Universidad de Salamanca, para premiar en su conjunto la obra de un poeta. La primera vez lo ganó otro chileno, Gonzalo Rojas. Recordamos que otro Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante, Mario Benedetti, obtuvo el premio en 1999. Comentamos el estado de la pandemia en nuestros países. En un momento, Raúl me dice que está inseguro con su discurso de recepción, que ha recibido varios premios (Nacional de Poesía de Chile, José Lezama Lima de Cuba, Pablo Neruda, José Donoso...), que en Chile y en América le hacían estar seguro sobre lo que iba a decir pero que, en este caso, no lo sabe con certeza. Quito importancia a sus dudas porque estoy convencido de que no es así.

La tarde del 25, nos vemos en el Salón de Columnas del Palacio Real con Paulina, su hija Camila, un hijo de Raúl, Sebastián, y su nieto Octavio. Hay medio centenar de personas más con mascarillas y a distancia anticovid. Tras los discursos de la Directora de Patrimonio Nacional y del Rector de Salamanca, la Reina Sofía da la palabra a Raúl.

El silencio es absoluto ahora. La altura de la sala, la profusa decoración quizá, dificulta que oigamos bien, pero las primeras

palabras de Raúl emocionan, cuando inicia, tras los saludos de rigor, con unos versos: «Eres la noche, esposa: la noche en el instante / mayor de su potencia lunar y femenina. / Eres la medianoche: la sombra culminante / donde culmina el sueño, donde el amor culmina». Era inevitable Miguel Hernández —Raúl presidió en 2017 el Congreso Internacional que le dedicamos la Universidad y el Instituto Gil-Albert—; era inevitable porque esos versos crearon un impacto en el poeta chileno, que considera «Hijo de la luz y de la sombra» como «uno de los más grandes poemas escritos en castellano».

Hay una confraternidad del poeta chileno con quien escribió al final de una guerra o en la cárcel estos versos, una hermandad también de quien sufrió la detención y las torturas del fascismo en el Chile de Pinochet desde el mismo día que dio su golpe contra la democracia.

A continuación Raúl recuerda que se está celebrando el acto del Día internacional contra la violencia de género y, tras esta evocación, inicia un discurso en el que los desparecidos —fue el tema de uno de sus grandes libros, *Canto a su amor desaparecido*— solo son rescatados por la poesía, porque los poderes no quisieron que sus cuerpos reaparecieran: «Le correspondió a la poesía cumplir con las exequias de los ausentes, sancionar sus vidas y enterrar en las tumbas del lenguaje lo que los vivos debían haber enterrado en las tumbas de sus muertos». Está hablando de Chile, sin duda, pero también de España y de todos los países donde ha habido tantas víctimas nunca encontradas. Luego son recordados los que desparecen todos los días en el mar o ante una frontera infranqueable.

La pandemia es otro centro de su discurso, donde el dolor, la miseria, la enfermedad victimiza a millares de personas. La historia que vivimos destruye hasta a la poesía, que fue otro motivo principal de sus palabras. La poesía es víctima, pero es también la que recogerá nuestro fracaso y las palabras de los muertos para construir lo que no pudimos construir: el Paraíso, el Nuevo Mundo, La Vida Nueva.

Un poema a Paulina Wendt cerró la intervención, que reproducimos íntegra por su imprescindible interés.

José Carlos Rovira